

## El personaje: Mevorah Florentín

*Elite*, 1954-09-11.

– El día en que deje de ver – se repetía con insistencia de desesperado– me suicido.

Los esposos Florentín vivían pendientes de este joven taciturno de 15 años que se tomaba aquellos interminables tragos de tiempo, de sueño a sueño, apurando la luz mediterránea del puerto de Salónica o con los ojos pegados a los escurridizos caracteres de un libro en las noches de insomnio, temeroso de despertar ciego.

Con la terrible experiencia de su ceguera a los ocho años, ahora, a los 15 de sus sueños de adolescente ya trancos, vivía con la zozobra constante del condenado a muerte. Y murió por segunda vez un atardecer lleno de sol. La luz se le fué haciendo menos luz, y las sombras, más sombras. Corrió, se abrió a tropezones un camino de voces airadas, alarmó toda la casa, se encerró con llave en su habitación, buscó febrilmente algo en el armario y se echó de bruces sobre la cama. Cuando consiguieron forzar la puerta, Mevorah intentaba suicidarse. Su hermano se lo impidió con dificultad.

Y Mevorah, recién nacido en la oscuridad a los 16, se hundió en el negro de su segunda ceguera.

\* \* \*

Mevorah Florentín, mejor conocido por Florentín, que muchos toman por nombre, nació "con una gran miopía" en Salónica, Grecia, a principios del siglo. Su papá, Mario Florentín, era comerciante; su mamá Raquel, era madre, que es bastante oficio. Le precedieron dos hermanos: Jack y Sol. La miopía triste de Mevorah llegó después, como un resabio.

A los ocho años tiernos de Mevorah se corrió la cortina de un primer acto de ensayo; se le desprendió la retina del ojo derecho y no comprendió el niño por qué apagaban todas las luces a la vez y por tanto tiempo. Durante el apagón le llevaron a casa de un gran especialista de Viena. Le queda del viaje el recuerdo de un tobogán de feria oscuro que tableteaba y silbaba como un tres, y la recomendación de su mamá:

– El doctor ha dicho que no debes correr, ni saltar, ni mirar tus libros de cuentos, hasta que te cures...

El diagnóstico fué de ceguera irreparable para el ojo derecho y gran peligro de desprendimiento de la retina para el izquierdo, que iba reponiéndose ahora de la conmoción de haber perdido compañero. Mevorah, que se había aficionado tanto, acaso por los límites físicos que le imponía su miopía, a las bellas ficciones de los libros, no podría tener uno en las manos. Entonces los veía a escondidas. Le gustaban especialmente los cuentos de hadas y "Lecciones de Cosas". Le pedían que no jugase al escondite; que tuviese quietos sus pies, que estaban sanos; quietas sus manos, que comenzaban a adiestrarse en los juegos; quieta la cabeza que comenzaba apenas a

coordinar cosas sorprendentes y atar cosas y cosas a una velocidad de vértigo... Lo que le pedían al niño de ocho años era que no tuviese infancia.

\* \* \*

A sus quince, el tobogán ruidoso, pero ingenuo, de los ocho le pareció un tubo vertical sin fin por donde lo habían lanzado al vacío interminable.

Después de que el Profesor Shabernac, una eminencia médica, le devolvió un poco de luz a su único ojo y cierta confianza de juventud a su corazón, le mandaron a París, donde sus tíos. Y continuó leyendo para escaparse del reducido mundo de luz donde vivía, hasta que en uno de aquellos libros leyó que "durar no es vivir". Este remolino de cuatro palabras en su cabeza cambaron el sentido de vida de Mevorah y comenzó a correr desesperadamente por París para olvidarse un poco de sí mismo. Y acaso entonces logró vivir un poco...

Cuando se cansó, hizo un pequeño alto en su camino, descubrió que no se había roto nada, tomó las cosas con más serenidad y se casó:

– El matrimonio –filosofa ahora– es un mal indispensable. No un mal menor, ¡que el mal es muy grande!, pero indispensable...

Y ya todo estaba en calma, cumplidos los 30, dedicado a su oficio de comerciante en París, cuando sobrevino la tercera... Se dirigía a su casa, cerca de la Plaza la Estrella, cuando en la calle Richelieu se agarró del brazo de su primo y le dijo: "Mario, no veo más".

Se hizo la tercera noche. Al cabo de un año de tratamiento en un túnel negro con señales rojas vió una lucecita de sol como un punto a lo lejos. Y a medida que caminaba, despacito, la luz se fué agrandando poco a poco. Pero la abertura del túnel era otra vez un poco menor que la de aquel tubo que bajó a los 16.

A través de su abertura, pero con más sol que en París, vió Venezuela cuando llegó el 31: muchos "Packard" grandes; anuncio luminoso: "Panadería Las Gradillas", cuando apenas se había inaugurado uno hacia seis meses en París, y letra escurridiza de "buenos periódicos en español".

Florentín y su esposa, que llegaron para seis meses por recomendación de amigos venezolanos en París, estuvieron ocho días en una pensión de Camino Nuevo y después alquilaron una quinta "sin nombre" entre Delicias y Puente del Paraíso, que entonces lo era de verdad, sin apenas tráfico.

Después descubrieron algo más que "Packard" y anuncios de neón. Como aquella vez que se quebró una pierna en un accidente y se le llenó la casa de vecinos que querían saber como esta el "musiú", y le traían sopas y gallinas para que se repusiese del susto. Como aquel Balbino, su primer amigo, un vendedor de lotería que durante su convalecencia le abría la quincallita que abrió "para prueba" en la esquina de San Francisco, se la cerraba en la tarde y le traía "la venta" a casa. Balbino tenía un defecto: que los sábados en la tarde no se tenía de pie solo. A esa hora de "los dobles" lo buscaba Florentín, le quitaba el billetero y los reales, y se los guardaba.

– ¿Tengo algo por aquí? –preguntaba cabizbajo los domingos por la mañana.

Y Florentín le tenía siempre guardado su negocito ambulante.

\* \* \*

Por esta quincalla "La Florentina" pasaba todos los días un Pastor protestante que tenía la capilla en Miracielos. Un día se detuvo en la puerta y preguntó a Florentín por qué se pegaba tanto al periódico para leer.

– Bueno –contestó el Pastor a las explicaciones de Florentín, y ¿por qué no aprende Braille?

– ¿Braille?... ¿Y eso qué es?

El pastor le contó que tenía un hijito ciego estudiando en Canadá. Prestó a Florentín el abecedario con puntos en relieve. Pero como aquello era "muy engalletado" y aún veía por un pequeño resquicio, lo dejó al poco tiempo.

Poco después se llevó un gran susto. Sintió que aquel resquicio por donde entraba el sol iba viniendo a menos y fué a ver al Dr. Núñez Isava. El médico le dijo que no se alarmara, pero Florentín se asustó tanto que se plantó en París en lo que dió de sí el primer barco para Francia. Y el eminente oftalmólogo Dupuis Dutemps le dijo elocuentemente, "a la francesa":

–¿Por qué no aprende usted Braille?...

Florentín pasó unos días desorientado. Después su buen sentido le llevó a la Asociación Valentín Hauy, en la calle Duroc, donde funcionaba la institución "Jeunes Aveugles" (Jóvenes Ciegos), donde el secretario general era el único vidente. Allí le acogieron con tanta simpatía que los ocho meses de estudio se le hicieron cortos y se olvidó un poco de su inevitable ceguera. Tan pronto aprendió a leer y escribir Braille pidió unos libros. Le dieron tres, que leyó uno tras otro, entre ellos *Mademoiselle Perle*, de Guy de Maupassant y *La victoria de la Marne*. Cuando fué a buscar el cuarto se encontró con que no tenían más.

– ¿Cómo que no hay más libros, si me dijeron que había una biblioteca llena?

Entonces aprendió Florentín que para leerlos tenía que aprender el método de abreviaturas. Después tuvo que hacer aún otro curso, una especie de taquigrafía de Braille, que le permitiría leer toda clase de libros. De forma que cuando llegó a Caracas otra vez se había graduado de profesor y había adquirido experiencia en la casa regentada por la orden de "San Juan de Dios".

\* \* \*

El primer alumno del Profesor Florentín fué un cieguito que solía ir a pedir a la quincalla. Después fué Pedro, el que se chanceó de Florentín cuando le dijo que iba a enseñarle a leer, porque: "¿cómo voy a leer, si no tengo ojos?". Después otro cieguito de apellido Sotillo, a quien apodaban "el cura". La trastienda de "La Florentina" se convirtió pronto en escuela gratuita de ciegos.

Florentín apenas contaba entonces con cinco kilos de papel Braille, 2 pizarras, una pizarrita de bolsillo, dos cubaritmios aritméticos, un juego de crucigrama, una baraja y un dominó. Era un material muy escaso y tenía que alternar las lecciones a lo largo del día, mientras atendía a su negocito de quincalla. Como no contaba con material de lectura, tradujo él mismo algunas páginas de Historia elemental de Venezuela. Sentía tan

gran necesidad de ayudar a los cieguitos que hasta tuvo la osadía de pensar en fundar una Sociedad de Ciegos, algo que cumpliera los objetivos de otras entidades similares en todos los países. El hombre de voluntad excepcional, no se iba a amilanar por algunas incomprensiones, y tuvo una idea de acercarse a la prensa. A su primera visita le respondieron con cuatro líneas escondidas entre dos anuncios diciendo que un Profesor de Ciegos se acercó al periódico para formular una idea original de crear una escuela para ciegos. Desanimado durante unos días, regresó otra vez. Esta vez visitó Elite, una revista propiedad de Juan de Guruceaga.

Y aquí prendió el proyecto que ha llegado a dar los inmensos frutos de la Sociedad Amigos de los Ciegos; después, el Instituto Venezolano de Ciegos, que tiene hoy 60 alumnos, una casa de internado para niñas y la Clínica Oftalmológica, donde se ha practicado cientos de operaciones.

Este hermoso ejemplo de tenacidad por el camino de causa tan noble ha recibido el premio de muchas satisfacciones. El Profesor Florentín es hoy feliz por cada uno de aquellos que descubren un mundo nuevo a través de sus enseñanzas.